DESCLASAMIENTO Y MENTALIDAD CAMPESENA EN MIGUEL HERNÁNDEZ

Por

CECILIO ALONSO

Universitat de València

Hace unos meses, en unas declaraciones a un diario alicantino, el profesor Eutimio Martín –condiscípulo y amigo mío de muchos años– actualizaba la hipótesis del *desclasamiento* como clave biográfica de Miguel Hernández (*Rey, 1991*). La idea no es nueva: ya fue formulada y explicada por Francisco Umbral (1969) en su artículo *Miguel Hernández, agricultura viva*. Claro que, en ambos casos, se contempla como un conflicto biográfico-poético pasajero: el poeta se habría aferrado inicialmente a la poesía para escapar del medio social originario pero, cumplido el ciclo de su aprendizaje intelectual, gracias sobre todo a su experiencia madrileña, habría recuperado la coherencia reinser-tándose progresivamente en la naturalidad lírica y en la ideología solidaria que le eran propias. La resolución de este proceso hacia 1935-1936 habría evitado la frustración de su voz más auténtica y habría sido decisiva para la configuración de su obra posterior.

También sus biógrafos más atentos habían registrado esta necesidad de sustraerse a los condicionamientos que el oficio familiar y las limitaciones de la vida cultural oriolana imponían a su vocación poética. Pero, a lo que se me alcanza, ninguno de ellos había llegado a calificarla como «problema de desclasamiento». Más bien predominan piadosas sublimaciones como «afán de perfeccionamiento y acicate de la fama», «primera reacción contra el estiércol» de un hombre sin cultura...; titánico batallar para «elevar su dignidad interior y hasta ese plano de hermosura superior, todas las cosas feas y tristes que cercaron su existencia» (*Zardoya, 1955-1960*); «seducción de la fama precoz» (*Romero, 1958, pág. 29*); «embriagadoras (y absurdas) esperanzas de gloria... Evasión de un mundo provinciano que de alguna manera ya le resulta estrecho» (*Puccini, 1966, I, 2*); «martirizado..., incomprendido y extranjero en su propia casa... Su querido huerto se le va quedando pequeño, la tertulia insuficiente, el ámbito oriolano y sus gentes limitados. Un ansia de escapar de todo ello se va adueñando de su voluntad...» (*Ifach, 1975, págs. 26 y 56*); «siente que necesita un ambiente más aireado... Desea ir a Madrid, entrar en contacto con los más conocidos poetas del momento, ampliar su horizonte intelectual y literario» (*Cano Ballesta, 1978, pág. 11*); etc.

Si hablamos de desclasamiento deberíamos considerar como punto de partida cuál es la condición social de un tratante de ganado, propietario de unos modestos medios de producción y de una humilde casa en una ciudad agrícola con un corral donde recoger a diario las cabras objeto de su negocio. Y habría que preguntarse en qué medida los hijos de este pequeño traficante constituían su más directo capital humano en una economía de carácter preindustrial, donde era natural el disponer de ellos para rentabilizar su actividad ahorrando salarios. Creo que no abundan los datos acerca de las vicisitudes mercantiles de Miguel Hernández Sánchez, aunque sabemos que trabajaba asociado a un hermano residente en Barcelona, que viajaba para cerrar tratos incluso a Orán, que fre-

cuentaba el café y que era socio del Círculo lerrouxista de su ciudad (*Ramos 1973, pág. 110; Ifach, 1975, págs. 10-12*). Al margen de su volumen de negocio su conducta dentro del oficio parece análoga a la de cualquier traficante obligado a buscar los géneros en origen por cuenta propia. Por otro lado, la familia era pobre, avocada en una calle humilde pero con la capacidad de ahorro suficiente como para adquirir la propiedad de la sencilla casa que habitaban. Pobreza, pues, relativa. Y aunque es innegable que la extracción social de Hernández era tan modesta que cualquier paso que diese para mejorarla podría constituir indicio de desclasamiento, conviene insistir en que no pertenecía a una familia proletaria *strictu sensu* —es decir, dependiente de un jornal, imposibilitada para obtener plusvalías y sujeta a las miserias del peonaje—, aunque si el negocio flaqueaba sus apuros económicos no serían presumiblemente menores. Dario Puccini (*1966, I, 1*) situó el status de la familia Hernández en los últimos peldaños de la escala social, al lado o poco más arriba de braceros, arrieros y algún que otro artesano y obrero aislado, apartada de las organizaciones y ordenamientos de la vida urbana, sujeta a las vicisitudes de la oferta y la demanda y a la disponibilidad gratuita de los campos de pastoreo. Algunos de estos rasgos recuerdan los que Carlos Marx atribuía al sector de la ganadería como ramo autónomo de la producción, que coexiste con la explotación artesanal de la agricultura y el aprovechamiento más o menos colectivo del suelo, y que entra en crisis cuando ésta se capitaliza y se generaliza la privatización de la tierra (*Marx, 1894*).

Es obvio que no debemos confundir ganadero y tratante. La diferencia objetiva estriba en la desigual cuantía de la respectiva ganancia, fruto de un distinto grado de acumulación de capital, que determina la rumbosa liberalidad del uno frente a la austeridad e intransigencia familiar del otro. Así el ganadero se convierte en una categoría de la clase terrateniente mientras que el tratante persiste como clase subalterna, marginal, arcaica, subordinada —aunque o por la vía del salario— a los intereses de aquél. Ambos habrían conservado, pese a todo, algunos rasgos subjetivos comunes —orgullo, arrogancia, seriedad, independencia, apego a las tradiciones, astucia en los chalanos pero honradez en los tratos y en las cuentas...—. En el proceso que conduce a la sociedad moderna que ya se vislumbra incluso en la Orihuela de los años veinte, el tratante era un tipo a extinguir, un tipo perdido, cuya integración en una clase concreta resultaba difícil y que en cambio, se nutría moralmente de los rasgos más conservadores de una mentalidad rural, campesina. Miguel Hernández vive el agotamiento de esta forma económica de subsistencia con muy pocas salidas: someterse para continuar el negocio familiar adaptándose si acaso a nuevas coyunturas del consumo; proletarizarse por cuenta ajena, o, la más atípica, rebelarse y escapar de la quema por la instrucción y el cultivo intelectual —civil o eclesiástico—. Conociendo la elección del poeta y su evolución biográfica no veo muy clara la hipótesis del desclasamiento, fenómeno de la conciencia social, objetivable, que conlleva un cierto grado de alienación por intereses materiales muy concretos y que desemboca normalmente en una «ascensión» social con mejora evidente del nivel de vida en caso de «éxito» o que, en su defecto, suele dar en el resentimiento y en los prejuicios pequeñoburgueses del «quiero y no puedo», equivalente a un «fracaso» social sin paliativos.

Argumenta Eutimio Martín que Hernández escribió sus primeros poemas «cargados de beatería» con la intención de salir de Orihuela. Es decir, que buscaba la consideración del sector clerical tan influyente en su ciudad para escapar de un medio familiar opresivo. Aunque me consta que no era su intención, las declaraciones del biógrafo podrían dar lugar a malentendidos acerca del grado de sinceridad con que el autor de *Quién te ha visto y quién te ve...* afrontaba ética e ideológicamente conflictos procedentes de vivencias religiosas ineludibles en su ciudad natal. ¿Beatería? Sabido es que en Orihuela la iglesia constituía un poderoso vehículo de integración interclasista.

Pervivencias feudales, sin duda, reducidas ya por la trituradora de la historia a residuos señoritiles, pero de gran efectividad. Me resisto a admitir que la carga de «beatería» de sus primeros poemas religiosos pudiera expresar una huida de la clase social originaria, y todavía menos un medio de medrar. Y creo que en esta apreciación coincido con Eutimio Martín quien estima que nadie puede reprochar al poeta que se moviese por intereses materiales. En todo caso, la cuestión del supuesto desclasamiento sólo podría cobrar algún sentido a partir del trato habitual con Pepito Marín que, si hemos de atender a la fuente mejor informada –Jesús Poveda–, no se produjo antes de 1930 (*Poveda, 1975, pág. 39*). Esta amistad de post-adolescencia que, como es bien sabido, tuvo sus momentos de mayor intensidad entre 1931 y 1934, orientó ideológicamente al poeta hacia formulaciones muy gratas al didactismo alegórico de raíz católica pero, como también es notorio, no pudo impedir su decantamiento hacia un pensamiento más libre que le conduciría a asumir conscientemente un compromiso social más acorde con su pobreza primigenia en el otoño de 1936. Proceso de ida y vuelta que Eutimio Martín resume así, según el transcriptor de sus declaraciones:

Él no quería que su vida fuese la de un cabrero y ejerció la poesía como promoción social. Este es el sentido de sus poemas religiosos de alabanza a la Eucaristía. La sociedad clerical de Orihuela le apoyaba porque se ponía a su servicio. Después de un primer fracaso en Madrid, en su segundo intento conoció a Neruda y escribe en *Caballo verde para poesía* y en *Cruz y Raya*. En ese momento llega la Guerra Civil y Miguel Hernández cree que sólo encontrará consideración con un cambio social... (*REY, J., 1991*).

Algunos biógrafos ni siquiera han reparado en la importancia de este proceso: unos lo minimizan, otros como Guerrero Zamora (1955) lamentan su desenlace «funesto» para Hernández. Entre todos es Dario Puccini quien pone mayor énfasis en el efecto esterilizador de Sijé sobre el poeta que retardó la evolución de éste hacia la poesía humanísima y vital, de concepción materialista que se manifiesta en *El rayo que no cesa* (*Puccini, 1966, I, 2 y II, 1-2*). Pero –repito– únicamente Francisco Umbral y Eutimio Martín se han decidido a considerar dicho proceso como una suerte de desclasamiento. Umbral lo hace para explicar la momentánea sustitución de lo natural por lo cultural en el itinerario biográfico-poético de Miguel Hernández, que vendría a ser así un «hijo pródigo de la naturaleza», que la abandona un día por una cultura cosificadora y abstracta para regresar a ella más tarde recobrando la emoción vital originaria. La historia de ese proceso de alejamiento/retorno constituiría la médula misma de la biografía interna del poeta:

Miguel Hernández –no temamos el decirlo– es en gran parte de su obra un poeta *declassé*, sólo que un *declassé* genial. A suprimir su desclasamiento, a rectificarlo, tenderá lo mejor de su poesía, en un proceso de vuelta al útero terrestre, en un lento viaje de reuterinización, que es lo que veo yo dibujarse a lo largo de los libros y los versos sucesivos del poeta (...) Toda la gran poesía de Miguel Hernández es un viaje de vuelta a su pueblo (*Umbral, 1969, págs. 330-331*).

Para Eutimio Martín el problema de desclasamiento gira en torno a la poesía como vehículo de escape a remolque del cual va la conciencia alienada de aquel joven pueblerino, desdoblado en cabrero, escribiendo de notaría, futbolista en sus ratos libres y respetuoso con los condicionamientos clericales de su ciudad.

El vehemente epistolario hernandiano anterior a 1935 ofrece abundantes síntomas de impaciencia y de egocentrismo obsesivo, de candidez incluso. Pero no me parece sostenible que su actitud fuese «ingenerosa» o absurdamente ambiciosa –como ha llegado a escribir (*Puccini, 1966, I, 2*)–, si la examinamos a la luz de algunas confesiones estremecedoras por su sinceridad que otean más allá del horizonte inmediato y que

documentan sin afeites aquella «casi extrahumana voluntad de ser poeta» de que habla Concha Zardoya, entendida como identificación intelectual con el trabajo de la tierra, no como huida de él:

Odio la pobreza en que he nacido, yo no sé... por muchas cosas... Particularmente por ser causa del estado inculto en que me hallo, que no me deja expresarme bien ni claro, ni decir las muchas cosas que pienso. (A Juan Ramón Jiménez, noviembre 1931).

Deseo vivísimamente estudiar y en casa no pueden o, no sé, no quieren, mantenerme si no trabajo (mi padre dice: si no doy «producto», como una máquina o un pedazo de tierra). Yo me ahogo en mi casa... Ellos no sabrán nunca que leer y hacer versos e inclinarse sobre la tierra, o sobre las cabras, son la misma cosa... (A Luis Almarcha, 10-10-1932). (Hernández, 1986, págs. 28 y 45).

¿Podrían interpretarse éstas o parecidas manifestaciones como indicios de una voluntad objetiva de desclasamiento? ¿O era aquel huir un estado de conciencia imprescindible para poder acceder a una comprensión más extensa y solidaria del mundo?

Mi hipótesis de trabajo para profundizar en estas cuestiones sería la siguiente: Miguel Hernández es un pastor atípico que se desarrolla en un medio urbano, por más que dicho medio esté impregnado de una mentalidad rural que se desborda desde la huerta (campo urbanizado, *intherland* en torno a la ciudad ruralizada en simbiosis sumamente sugestiva que el poeta convertiría en eje de buena parte de su lirismo hasta 1936). Su pregonada condición de pastor, por completo ajena a las servidumbres de la trashumancia, es efecto de un gesto de provocación juvenil, elevado a operación de imagen de consecuencias tóxicas muy desfavorables para la recta comprensión de su obra. Miguel Hernández no traiciona a su clase porque nace ya en la frontera del desclasamiento, en una familia cuya actividad laboral pertenece a un modo de producción residual, pre-capitalista, y que está llamada a la disgregación o a sembrar contradicciones entre sus miembros más lúcidos (caso del poeta). Miguel Hernández traiciona, en todo caso, a su padre, a ese personaje incomprendido tan severamente tratado por la mayor parte de los biógrafos, celoso guardador de los rasgos atávicos de su grupo social que presionaba a sus hijos precisamente para mantenerlos ligados por la fuerza de su autoridad a su mundo declinante, único que le parecería seguro. Sólo Josefina Manresa (1980) lo disculpa tardíamente, tal vez apesadumbrada por haber contribuido también a sembrar la confusión en los primeros tiempos cuando tanto se exageró por parte de la familia el efecto de sus golpes y su intransigencia con el hijo poeta (Couffon, 1992). Creo que son éstas unas relaciones que merecen comprensiva revisión porque expresan la crisis de un ciclo histórico de larga duración, en el que todavía está plenamente inserto el padre y que, pese a su rebeldía y conciencia mutante, dejaría huella en la sensibilidad del hijo. Miguel Hernández rompe con la tradición familiar impelido por la presión de la modernidad que descubre fuera de su casa, más que por el egoísmo individualista de quien se ve inmerso calculadamente en un proceso de desclasamiento alienante. Lo vio muy bien Elvio Romero cuando observó el trágico temor campesino del padre «preso de antiguas prerrogativas feudales», de esos hombres que nacen y mueren en el mismo sitio. El poeta no podía sujetarse a estas premisas familiares y se rebela: decide vivir para sí y no para los otros, para la inercia familiar, porque sabía que hacerlo así era «la ruina y el fracaso» (Elvio Romero, 1958, pág. 31). Su rebeldía inicial al destino familiar llegaría a ser, en definitiva, una forma de solidaridad progresista, un simbólico paso adelante en el camino de la superación y de la emancipación social, desgraciadamente aplazada en el plano colectivo tras el resultado de la guerra civil. De modo que el tan traído y llevado «desclasamiento» del poeta joven no sería un paréntesis vergonzante y confuso, o una equivocación, sino un eslabón necesario en su evolu-

ción ideológica pero de valor secundario porque en Miguel Hernández la ruptura con los factores negativos de su origen –familia, estrechez provinciana– nunca conlleva atenuación de la mentalidad campesina que asume con firmeza y dramatismo desde sus primeros balbuceos poéticos.

Mentalidad que estoy muy lejos de poder definir aquí con rigor sin haber abordado antes una sistemática exploración de series de indicadores en los textos hernandianos y en otras fuentes oriolanas tratadas diacrónicamente. Pero no hace falta el más mínimo aparato científico para apreciar la adhesión firme del poeta a valores naturales de la tierra expresados a partir de las vivencias de su adolescencia oriolana en que no sólo asimiló paisajes y modos actuales de vida rústica –formalizadas en sus primeros versos con la anuencia más o menos acusada de los modelos literarios aportados por el ternurismo panocho de Vicente Medina o por el paternalismo agrario de José María Gabriel y Galán– sino también convicciones y formas de conducta muy de la tradición campesina basadas en la dignidad, la entereza, la obstinación, la conciencia de los ciclos vitales, el sentido impertinente de lo grotesco, incluso el fatalismo transfigurado en *sino sangriento*. Profundizar en el triángulo simbólico Vida/Amor/Muerte –básico en su cosmovisión poética– podría darnos acceso a nuevas interpretaciones de lo colectivo subyacente en este material literario individual, que expresa el peso atávico de una mentalidad de ciclo largo (aquí llamada «campesina») sobre la voluntad transgresora pero fiel de un individuo excepcional destinado a asumir un papel muy activo en una coyuntura revolucionaria (ciclo corto) sin renunciar en absoluto a los valores vitales heredados por la inercia de la historia anónima fundidos en la exasperación patente de lo que en aquellos años se llamó «lucha de clases».

Mentalidad refinada y encubierta por el dramático esfuerzo de superación expresiva de que nos han hablado Concha Zardoya y tantos otros. Mentalidad campesina rectificada por la lectura y absorción –a veces demasiado mimética– de los clásicos: y no sólo de los modelos barrocos, sino también de bucolismo neoclásico de donde habría podido asimilar el humus fisiócrata que mejor se ajustaba a la situación remansadamente conservadora del campo oriolano. Y ¡cómo no! la que más convenía a los delirantes planteamientos intelectualistas del clasicismo sijeniano: una llamada por vía estética a la unidad y a la integración en un catolicismo trascendente y eterno. Así se justifica *La profecía sobre el campesino* y cuanto escribiera provisionalmente en *El Gallo Crisis*. Sijé (1934), siempre tan agudo, no ignoraba la mentalidad campesina de su amigo en aquellos años de «desclasamiento» cuando escribió que en el Auto Sacramental de Hernández actuaba «la emoción racional del campo» (es decir el impulso primitivo del poeta disciplinado en la lógica de las alegorías calderonianas). Pero Sijé olvidaba un detalle: que –por debajo de su rudimentario didactismo católico– en la poesía de Hernández los modelos clásicos se estaban fundiendo en una visión solidaria, no paternalista, con acentos reivindicativos, de cándida proximidad, de inmersión en la vida transfigurada, visión participativa no contemplativa, que contenía el germen de su inminente emancipación ideológica sin menoscabo de sus raíces campesinas, ya anunciado irónicamente en ese Dios ausente y callado de *El silbo de afirmación en la aldea*.

Es posible que la maduración de su conciencia social se retrase hasta 1935, huido ya el poeta del super-ego sijeniano, pero la solidaridad en él es también una ratificación de la mentalidad ancestral contemplada desde la lucidez que presta el conocimiento. Porque si hay progreso ideológico de Sijé a Neruda, si hay redescubrimiento de los orígenes, si hay viraje del catolicismo al comunismo no hay modificación sustancial en la mentalidad campesina del hombre ni en sus hábitos profundos de significación poética, que se manifiestan siempre ligados a unas imágenes básicas que giran en torno a la vida,

al amor y a la muerte: energía, transformación, producción-reproducción, rebeldía-aceptación, dolor y acabamiento.

Me gustaría probar algún día con argumentos más sólidos que la fidelidad del poeta Miguel Hernández a su mentalidad campesina es más persistente y significativa que los vacilantes síntomas de un desclasamiento pasajero, por demás impreciso dada la atípica y restrictiva especificidad del grupo social de que procede. Un sector residual, arcaico, precapitalista, inestable, instalado en una economía de supervivencia.

La crisis de las formas mentales derivadas de la conflictiva vida rural española es larga y la poesía de Miguel Hernández es una de las respuestas posibles a la misma –la más preclara en la lírica culta de nuestro siglo– que se nutre de los desajustes emocionales de un cambio social excesivamente contenido, del ritmo lento con que se había ido asumiendo en España una revolución –la burguesa– que en 1936 cumplía cien años de insatisfactoria existencia.

Por otro lado, convendría preguntarse si entre las contradicciones humano-poéticas de Miguel Hernández no habría que contabilizar como gran paradoja la de no haber podido vivir toda su poesía como «desclasamiento», con libertad para entregarse a la experiencia creativa pura sin que gravitaran sobre él las urgencias del compromiso necesario que exigían las circunstancias socio-históricas. Miguel Hernández no fue seguramente el poeta que hubiera querido ser porque rindió su impulso poético más secreto a las exigencias de la conciencia colectiva y lo hizo sin perder su autenticidad. Y eso todavía hoy produce pasmo entre sus lectores.

BIBLIOGRAFÍA

- CANO BALLESTA, Juan (1978): «Trayectoria de una vida trágica». [En *En torno a Miguel Hernández*. Madrid: Castalia, págs. 9-28]
- COUFFON, Claude (1992): «Encuentro con Vicente Hernández, hermano de Miguel». *Ínsula*, 544, pág. 28.
- IFACH, María de Gracia (1975): *Miguel Hernández, rayo que no cesa*. Barcelona: Plaza & Janés.
- GUERRERO ZAMORA, Juan (1955): *Miguel Hernández, poeta (1910-1942)*. Madrid: El Grifón.
- HERNÁNDEZ, Miguel (1986): *Epistolario*. Prol. de Josefina Manresa. Madrid: Alianza.
- MANRESA, Josefina (1980): *Recuerdos de la Viuda de Miguel Hernández*. Madrid: de la Torre.
- MARX, Karl (1984): *El Capital. Crítica de la economía política. Libro III*. Ed. de Pedro Scaron. Madrid: Siglo XXI, 1976. Vol. 8, cap. XL, págs. 867-869.
- POVEDA, Jesús (1975): *Vida, pasión y muerte de un poeta: Miguel Hernández. Memoria-Testimonio*. México: Oasis.
- PUCCINI, Dario (1966): *Miguel Hernández. Vita e poesia*. Milano: U. Mursia & C. [Trad. de A. Dabini. Buenos Aires: Losada 1970].
- RAMOS, Vicente (1973): *Miguel Hernández*. Madrid: Gredos.
- R[EY], J. (1991): «Salir de Orihuela». *La Verdad*, Alicante, 11 de noviembre. pág. 51.
- ROMERO, Elvio (1958): *Miguel Hernández. Destino y poesía*. Buenos Aires: Losada.
- S[IJÉ], R[amón] (1934): «El comulgatorio espiritual. (Hacia una definición del Auto Sacramental)». *El Gallo Crisis*, 3 y 4, págs. 32-35.
- UMBRAL, Francisco (1969): «Miguel Hernández, agricultura viva». *Cuadernos hispanoamericanos*, 230, págs. 325-342.
- ZARDOYA, Concha (1955): *Miguel Hernández (1910-1942). Vida y obra-Bibliografía-Antología*. New York: Hispanic Institute. pág. 13.
- (1960): «El mundo poético de Miguel Hernández». *Ínsula*, 168. págs. 1 y 14.